



Homilía

Entrada triunfal de Jesucristo en Jerusalén

Santa Iglesia Catedral, Domingo de Ramos 17 de abril de 2011

Querido Sr. Deán de la Catedral y Párroco de "Los Cuatro Evangelistas", cuyos fieles, hoy especialmente nos acompañan; hermanos sacerdotes; Sres Representantes de Instituciones Diocesanas; queridas familias y hermanos todos:

En este día de júbilo en que la Iglesia celebra la entrada de Cristo en Jerusalén para realizar su misterio pascual, y conocido como el "**Domingo de Ramos**", se inaugura la Semana Santa. Por eso hemos escuchado, como un anuncio, el relato de la Pasión del Señor. Lo cual no empaña nuestra alegría al conmemorar aquella mañana gloriosa y triunfal de Jesús por las calles de la ciudad que era el centro religioso de todo Israel, pues ella vivía en torno al templo, lugar de la presencia de Dios en medio de su pueblo. Los cuatro evangelistas relatan este acontecimiento y subrayan su importancia.

Jesús es presentado como el Rey-Mesías, que entra en su ciudad para ser entronizado. Pero no entra como un rey guerrero que avanza con su gran ejército, sino como un Mesías humilde y manso, cumpliendo así la profecía de Zacarías: "**He aquí que tu rey viene a ti; él es justo y victorioso, humilde y montado en un asno**" (9,9).

Así, humilde, sigue viniendo el Señor también en el misterio eucarístico. Y es por ello por lo que en cada celebración eucarística lo aclamamos diciendo: "**¡Bendito el que viene en nombre del Señor!; ¡hosanna en las alturas!**". De esta forma, en la procesión de los Ramos, la Iglesia, representada en cada asamblea litúrgica, sale a recibir y dar la bienvenida a Cristo de una manera especial. La procesión nos transmite como una anticipación del Domingo de Pascua, de ahí la alegría y el triunfo que celebramos. Las palmas que se bendicen y se llevan en procesión, son emblema de victoria. "**Hoy honramos a Cristo, el rey triunfador, llevando estos ramos**".

Por otra parte, si la procesión es heraldo de la victoria de Pascua, en cambio, la liturgia de la Palabra que le sigue nos sumerge en la profunda espiritualidad del Viernes Santo. Cristo vencerá efectivamente, pero lo hará por su Pasión y muerte. La solemne lectura del relato completo le da un tono especial a esta Misa. El evangelio de la Pasión habla por sí mismo. Cuando se lee y se escucha con reverencia, no puede menos de causar una sublime impresión.

Es la historia del dolor más intenso y del amor más grande, del mayor despojo y de la mayor riqueza, la historia de las negras traiciones y al mismo tiempo, de las entregas más luminosas. Mateo nos da cuenta de que Jesús es el Mesías, en quien se han cumplido y se están cumpliendo las Escrituras. Su Pasión fue anunciada en los poemas del Siervo de Dios, que por su muerte y su resurrección nos salvará.

Sin embargo, la Pasión no sólo nos introduce en el misterio de Dios, sino que también a través de ella entramos en lo más hondo del misterio humano que, más allá del dolor y de la muerte, se abre a un desbordar inabarcable de realidad y de luz. Aunque no todos las personas conozcan una muerte como la de Jesús, la Pasión, como aventura humana, refleja en cierto modo la historia de todo hombre.

Por eso, desde el abrazo de Cristo, lo más oscuro del misterio del hombre ya no es su muerte. El hombre ya no está sólo en ella. Como ese abrazo es el del Hijo de Dios, la cruz ha roto las cadenas de nuestra soledad, y ha destruido el poderío de la muerte. Por este motivo, la entrada en Jerusalén ha resonado también entre nosotros como una hora paradójica y misteriosa de triunfo: el triunfo del amor infinito de Dios sobre el infierno y la soledad del hombre.

Por tanto, hermanos, tras el relato de la Pasión, creo que la mejor homilía es dejarnos introducir en el Evangelio e identificarnos con las diferentes actitudes que reflejan el seguimiento de Cristo. En la Pasión podemos descubrir nuestra vida, nuestras miserias, nuestras esperanzas, etc. No tengamos miedo a dejarnos decir por ella; y no olvidemos que Cristo tiene siempre los brazos abiertos para acogernos con su perdón y su amor. Aprovechemos, pues, la semana Santa para meditar, contemplar y vivir intensamente los Misterios de la Pasión Muerte y Resurrección de Nuestro Señor Jesucristo.

Y, finalmente, pidamos a la Virgen María, tan presente estos días en la devoción de nuestra ciudad, en las diversas imágenes que procesionan por nuestras calles, “*conservar* –como Ella- *todas estas cosas, meditándolas en el corazón*” (cf Lc 2, 51).

+ José Mazuelos Pérez
Obispo de Asidonia-Jerez